

**Juan Ignacio RUIZ ALDAZ**, *El concepto de Dios en la Teología del siglo II. Reflexiones de J. Ratzinger, W. Pannenberg y otros*, Eunsä («Colección teológica», 116), Pamplona 2006, 291 pp., 15 x 24, ISBN 84-313-2421-X.

La historia de la noción cristiana de Dios es una de las más apasionantes de la filosofía y de la teología. A partir del siglo II, los pensadores cristianos comenzaron a formular la fe y su contenido con categorías nuevas, aquellas que les eran familiares por su educación helenística. De ese modo, el cristianismo entró dentro de la filosofía y la transformó. No se conformó con ser sólo una religión, sino que reclamó un puesto en el pensamiento. Y así, a partir de la idea de Dios, el pensamiento filosófico cristiano se interesó por la constitución del mundo material y espiritual y por las relaciones entre las cosas y su Creador. En ese proceso, pronto aparecieron las primeras nociones que servirían para el desarrollo de la teología especulativa comenzando por la teología trinitaria y la cristología.

El enorme esfuerzo de los Padres fue juzgado siglos más tarde de diversa manera (como recordó Benedicto XVI en el discurso en Ratisbona que alcanzó celebridad por otros motivos que oscurecieron el profundo mensaje que contenía). Desde Lutero, no ha sido infrecuente en el campo protestante una valoración negativa de la transformación obrada por los Padres, los cuales, según algunos autores reformados, habrían contaminado la pureza del evangelio con categorías humanas. Es lo que, de forma general, ha sido designado como el proceso de «helenización del cristianismo».

La investigación de Juan Ignacio Ruiz Aldaz se sitúa en ese contexto. «El objeto de este estudio —escribe— es la formulación del concepto de Dios en la primera teología cristiana. En este trabajo, el acceso a esta cuestión se desarrolla siguiendo los pasos de un debate entre especialistas de primer orden que ha tenido lugar en la segunda mitad del siglo XX». Así pues, el lector queda avisado de que aquí se verán involucrados los nombres de los autores cristianos del siglo II, y los de aquellos que han intervenido en la discusión moderna sobre la valoración de lo que los Padres hicieron.

Previamente, ha sido necesario conocer la base de la que partían los distintos interlocutores, lo cual ha llevado al autor a estudiar de primera mano cómo se ha formulado la idea de Dios en las obras de los Padres primitivos, y qué idea se hicieron de lo que la filosofía podía aportar a la fe. A este fin, Ruiz Aldaz se ha acercado directamente a los textos de Justino, Taciano, Arístides, Atenágoras, Teófilo, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría.

Pero además era necesaria una segunda tarea, también de carácter previo: presentar la discusión que ha habido desde la Reforma sobre el trabajo de los Padres atendiendo a los presupuestos teológicos y filosóficos que guían y condicionan a los principales representantes. En efecto, durante los siglos XVI a XVIII, siguiendo la aversión de Lutero hacia la filosofía, toda una corriente protestante quiso replantear el trabajo de los primeros pensadores cristianos y Padres de la Iglesia. Querían desprenderse de ese legado y hacer un cristianismo evangélico sin filosofía y, en gran parte, sin dogma. En esa misma línea, a finales del siglo XIX, la teología liberal protestante (Baur, Harnack) acusó injustamente a los primeros cristianos de helenización del cristianismo, originando un gran debate. El debate estaba deformado porque apenas conocían el mundo bíblico y, entonces, no podían valorar la originalidad de la posición cristiana y su enraizamiento. Según Ruiz Aldaz, que cita a Grillmeier para apoyar su juicio, en todo este tiempo han predominado planteamientos radicales y unilaterales que han dado lugar a un debate bastante infructuoso.

Hasta ahora, la exposición de temas y discusiones pertenece a la fase previa. Una vez asentadas las líneas de comprensión fundamentales, el autor llega al objeto fundamental de su estudio, lo que se podría denominar como «la nueva discusión» sobre el Dios de los Padres. Este nuevo debate se sitúa en el periodo 1959-1999.

En 1959, Pannenberg publicó un importante estudio sobre la aceptación de la idea filosófica de Dios en la teología cristiana primitiva como un problema dogmático. En este trabajo, Pannenberg se proponía revisar el juicio radicalmente crítico de Harnack y dar paso a una visión fundamentalmente más positiva del trabajo de los Padres, sin renunciar por ello a una profunda revisión de sus ideas. Con la publicación de este ensayo, arranca la discusión de nuestro tema. Pero ahora hay algo nuevo en relación con los debates de los siglos anteriores: el acercamiento a la cuestión no se hace ya como explicitación de presupuestos ideológicos, sino ateniéndose a los textos originales, a la singularidad de cada autor, y al detalle de cada uno de sus juicios.

El trabajo de Pannenberg fue —como ya se ha dicho— el comienzo de un interesante debate que se ha desarrollado en un clima científico más sereno,

más riguroso y, también, más modesto en sus pretensiones. En efecto, uno de los logros más importantes de esta nueva época radica en la renuncia a hacer valoraciones omniabarcantes y a caracterizar con un único término la globalidad de una etapa tan compleja y diversa.

Pannenberg ha sostenido que el diálogo del cristianismo con la filosofía es un elemento necesario, que nace de la intrínseca vocación de universalidad de la fe. La idea bíblica de Dios debía tener en cuenta la idea filosófica de Dios, pero antes de aceptar nada de la filosofía, la teología tenía que purificar la idea filosófica de Dios. Según el teólogo alemán, los Padres acertaron al conservar firmemente la idea de un único Dios y de la creación a partir de la nada, pero no siempre mantuvieron el suficiente rigor crítico, e hicieron que la idea bíblica de Dios perdiera una parte considerable de su fuerza y originalidad al aceptar conceptos como la eternidad, la inmutabilidad, la impasibilidad y otros atributos ajenos a la Escritura. Pannenberg ha defendido que algunos atributos que los Padres aplicaron a Dios son contradictorios con la idea de un Dios capaz de obrar libre y soberanamente, de forma contingente e imprevisible, en la historia.

En el debate a partir de la posición de Pannenberg, han intervenido un grupo de autores que, en líneas fundamentales, comparten su tesis, y otros que la discuten a partir de una valoración eminentemente positiva del trabajo de los Padres primitivos, de su acierto al dialogar con la razón filosófica y al formular la idea cristiana de Dios con conceptos elaborados por la filosofía. Entre los que han manifestado un acuerdo básico con la postura de Pannenberg se debe citar a los patrólogos alemanes Ritter, Sonnemans y Hübner, a los españoles Escribano Alberca y Franco, a los norteamericanos Grant y Pelikan, y al patrólogo inglés Stead, este último de forma más matizada.

Entre los críticos los autores principales son Ratzinger, Scheffczyk, De Vogel, Dörrie —investigador alemán del mundo clásico y del cristianismo antiguo—, Wickert y Wyrwa —patrólogos protestantes de la Universidad de Berlín—.

El campo de investigación descrito hasta ahora lo distribuye Ruiz Aldaz en tres partes. En la primera, ofrece una síntesis del pensamiento de los Padres antes citados, seguida de la crítica a su concepto de Dios en el periodo que va del siglo XVI al XVIII, y en el siglo XIX. La segunda parte se centra en la revisión del debate en el siglo XX. El autor estudia pormenorizadamente el pensamiento de Pannenberg y presenta las posturas de los teólogos más favorables a ellas. En la tercera, finalmente, aparecen las respuestas a Pannenberg. El volumen incluye —antes de la bibliografía propiamente dicha— un anexo de comentarios bibliográficos (pp. 267-281) sobre los estudios históricos a propósito de la helenización, y de las intervenciones en el debate, siguiendo en este caso un orden cronológico.

La investigación de Juan Ignacio Ruiz Aldaz ha logrado algo que a primera vista podría parecer imposible: aportar de forma razonable todos los elementos imprescindibles para analizar el debate entre teólogos en el siglo XX sobre el concepto de Dios de los Padres. En efecto, era preciso presentar en sí mismo, sin mediaciones, el pensamiento de los Padres sobre Dios; además era imprescindible aportar la información y análisis necesarios sobre la llamada helenización del cristianismo, desde Lutero hasta Harnack. Finalmente, debían aparecer los escritos de los autores que han participado en el debate del siglo pasado, debidamente contextualizados e interpretados. Todo ello, lo encuentra el lector en esta monografía en la que la destaca el esfuerzo de síntesis que ha sido posible por la capacidad de análisis del autor.

Ruiz Aldaz no toma parte en el debate, alineándose en una u otra posición, sino que presenta las diversas posturas buscando acuerdos, señalando diferencias y ejerciendo una crítica moderada sobre las consecuencias de algunas posiciones. Constata en primer lugar que las clásicas fronteras confesionales entre protestantes, anglicanos, ortodoxos y católicos a propósito de la formación de la idea de Dios en el cristianismo primitivo, se han desdibujado. En el debate reciente existe un consenso generalizado sobre tres puntos. Según este consenso, los primeros teólogos, en su diálogo con la filosofía griega, respetaron siempre tres puntos esenciales del concepto cristiano de Dios: 1. El Dios cristiano es un Dios personal (Pannenberg subraya menos este punto, mientras que Ratzinger, De Vogel, Wickert y Wyrwa lo ponen más de relieve). 2. Monoteísmo estricto. 3. Doctrina de la creación *ex nihilo* (este punto ha sido discutido por Stead).

Puede decirse que existe un acuerdo mucho más matizado en que —al menos teóricamente— los primeros teólogos afirmaron la libertad y la omnipotencia de Dios sobre la naturaleza y la historia. En otros puntos, como los atributos de eternidad, inmutabilidad o simplicidad de Dios, no ha habido acuerdo: mientras Pannenberg las ve opuestas al Dios bíblico, otros autores tratan de interpretarlas de forma menos rígida y coherente con la presentación de Dios en la Escritura. Con ello queda claro que la cuestión de fondo que sigue viva es la de las relaciones entre la fe y la razón.

La obra está muy bien redactada y editada con gran esmero. El lector adquiere una visión panorámica no sólo de una cuestión histórica determinada, sino también de las razones permanentes que aparecen constantemente en el diálogo teológico. El autor ha mostrado competencia al afrontar su investigación, y ahora cabe esperar que prosiga su trabajo teológico con la misma madurez que esta obra refleja.

César IZQUIERDO